

Las emmanuelles que no cesan

UNA negra joven y guapa pedalea, contenta, sobre una bicicleta en medio de un paisaje tropical. Es Angélique, la modista, que lleva un vestidito a madame Emmanuelle. Se detiene ante un bungalow y sube, ligera, los escalones. Un criado moreno, los ojos echando chispas y la mirada lasciva, le abre la puerta. Ya está dentro. Los espectadores, que estamos al cabo de la calle, pensamos: "A ésta se la beneficia Emmanuelle en menos que canta un gallo", porque ya nos sabemos de memoria cómo las gasta Sylvia Kristel con las chicas de variadas coloraciones y latitudes.

Así empieza "Goodbye Emmanuelle" la última, por ahora, película del ciclo en versión Sylvia Kristel, aún no estrenada en España. La trilogía está completa y el tinglado productivo se escapa por la puerta trasera con los bolsillos bien repletos tras demostrarnos, sin lugar a dudas, que se ha estado riendo de medio mundo a base de bien. Como en los descorchos de los años sesenta, no ha querido abandonar la empresa sin hacer patente al cliente el elevado grado de catetismo que le aqueja.

Porque en esta tercera parte del ciclo la pecadora Emmanuelle, conmovida por la honradez y hombría de bien de un muchacho pobre y sencillo, renuncia a todas las pompas y las obras y se convierte en una honesta y formal ama de casa. Pero no adelantemos acontecimientos y hagamos un poco de historia.

La vista atrás

Sin duda, los que han seguido la saga de Kristel-Emmanuelle ya saben el principio de la historia. Todo comienza cuando la chica va en un avión a reunirse con su marido que está en Thailandia y es iniciada al sexo por una buena parte del pasaje masculino, aprovechando la nocturnidad y el aburrimiento. No obstante, cuando llega a su destino, su señor marido la considera aún inmadura y un poco cerrada, tanto de mentalidad, como de otras partes; así que la pone en manos de un iniciador para que la enseñe la ciencia de la aceptación y el anti-prejuicio.

Este rollo macabeo, sacado de la novela autobiográfica de Emmanuelle Arsan, mujer de un diplomático, le sirvió al director Just Jaeckin para hacer un porno vulgar y corriente, con cierta apariencia filosófica y apropiado para clase media y para crear lo que preten-

día ser un tipo de mujer actual desvinculada de viejos prejuicios y fidelidades.

Después, en "Emmanuelle la antivirgen", que transcurre en Hong-Kong, la moza, ya licenciada en el asunto, no deja títere con cabeza. Lo peor es que ya no había nada que demostrar y al final se empezó a descubrir el pastel, es decir, que Sylvia Kristel es una actriz mallísima, estática y aburrida a más no poder y que lo que hacía lo hablamos visto mil veces en las salas "S" de cualquier ciudad europea. Naturalmente, los ingresos disminuyeron de forma considerable y, por si fuera poco, empezaron a salir competidoras de color a la pobrecita Emmanuelle.

Así que la productora, ofendida por lo que ha debido crear un desplante del público que no entiende el verdadero arte, ha decidido cortar por lo sano. Y aquí continuamos la narración de lo que ocurrió con la modista Angélique en el bungalow de Sylvia.

Emmanuelle le pide a la negra que le pruebe el vestidito y esto

RAMIRO CRISTOBAL

da lugar a un manoseo lesbiano ocasional que culmina con un pinchacito a la Kristel mientras le ajusta el trapo. Después Emmanuelle, hecha una madre, le dice a la otra que ya sabe que le gusta su marido y que si quiere, con mucho gusto, se puede ocupar de la inocente tercerita de concertar un divertido "ménage a trois". La negra dice que no querría disgustarla y la buena de Emmanuelle contesta que ella es feliz con todo lo que dé gusto a su marido. Cuando llega el susodicho, las dos están esperándole preparadas, de unas cariñosas y apreciativas palmaditas en el anca de Angélique y se lanza, con sonrisa y parsimonia de "connesseur", al asunto.

Y todo parecía ir tan bien en el matrimonio. Marido y mujer se buscaban parejas y se incitaban a tener relaciones con ellas. Emmanuelle predicaba la buena nueva de la libertad a sus escasas amigas que aún continuaban siendo celosas. Encantador.

Hasta que un día, llega a la isla —estamos en las Seychelles, se

me había olvidado decirlo— un muchacho serio y tímido llamado Gregory Perrin, que había dejado a su primera mujer porque era "demasiado moderna". Naturalmente, Emmanuelle queda prendada y se le lleva a una cabaña en el bosque donde, con su maestría habitual, le hace un trabajo de primerísima calidad. Y aquí viene lo gordo; nada más acabar, el mozalbete con gesto de desprecio se saca unos billetes de cien francos —pagaba bien— y se los alarga a la Emmanuelle, que queda destrazada.

El final ya está claro. Emmanuelle cae locamente enamorada y dice a su marido que se va con el Perrin a París, a plancharle los pantalones y quién sabe si a lavar los pañales de un futuro y encantador bebé. El marido descubre, en ese momento, que él también estaba equivocado y que sólo la quiere a ella y resulta que todos, en el fondo, habían nacido para tener una charcutería en el distrito IV de París y para hacer el amor los viernes por la noche utilizando el Ogino.

Todos contentos

La cosa sería para reír, si no fuera para llorar sobre las cenizas de nuestra inagotable estupidez. Centenares de millones de dólares recogidos en todo el mundo y una hermosa higa como final, es el balance de la Emmanuelle original que, encima, se ha valido de un



Porno de cuarta categoría con un fondo reaccionario y racista.

medio bien reaccionario para hacerlo. Los tres lugares de la historia —Thailandia, Hong-Kong y las Seychelles— son tres conocidos instrumentos del imperialismo; el primero, una escandalosa dictadura mantenida artificialmente por los Estados Unidos como Estado tapón en el Sudeste asiático; el segundo, una colonia inglesa utilizada, antes y ahora, como pretendido escaparate de Occidente ante la China comunista, y el tercero, un país de reciente independencia, antigua colonia francesa, que está en manos, prácticamente, del gran capital francés y que ha vendido islas enteras del archipiélago a individuos privados, como el actor Peter Sellers y el millonario sudafricano Oppenheimer. Las agencias de turismo para ricos han hecho el agosto con la serie de Emmanuelle y nadie podría sospechar que detrás de la prefabricada felicidad de negros y amarillos hay todo un universo miserable de hambre y pobreza.

Ya está la gran jugada. Los blancos se divierten y son felices; los de color no parecen tener otras preocupaciones que hacer el amor o bailar danzas folklóricas. La productora de Emmanuelle gana dinero y el personal en general les pagamos para que nos engañen. Lo mejor de lo mejor.

Y, mientras, Emmanuelle en su buhardilla de Montmartre teje un lindo jersey de lana, mientras su rostro se ilumina por la próxima maternidad.

La vista adelante

Pero si la Kristel ha terminado, no es este el caso de su sucesora de color. La actriz Laura Gemser —algo así como una haitiana recriada en Cincinatti— ha sido lanzada por los productores italianos especializados en erotismo y para evitar problemas legales han reducido la Emmanuelle blanca a Emmanuelle (con una "eme" menos) de color. Esta Emmanuelle de Italia ya no es como la otra. A caballo entre Barbarella y Susana Estrada, le gusta correr aventuras por el mundo haciendo de detective o periodista intrépida y realizando, claro está, de vez en cuando, el numerito erótico.

Lo peculiar de este porno de cuarta categoría es, también, su profundo carácter reaccionario y racista. Aunque los hombres de países pobres, por los que pasea la protagonista, son utilizados algunas veces como sementales, el resto es presentado con la más peyorativa de las versiones típicas. Los árabes son sucios e ignorantes; los sudamericanos, incapaces, y los indígenas del Amazonas, crueles caníbales dispuestos a las peores atrocidades. Siempre el elenco de color hace, por supuesto, los papeles de criados, porteadores, remeros o chóferes.

Además, el erotismo se ha "enriquecido" con una buena dosis de sadismo: escenas de mutilaciones sexuales, banquetes sangrien-



La actriz Laura Gemser, una haitiana recriada en Cincinatti, convertida por los productores italianos en la Emmanuelle (con una "eme" menos) negra.

tos y demás zarandajas del superporno al uso. De aquella intención que hubo de sacar el erotismo de las salas especiales, remozarlo y llevarlo a los cines caros no queda nada. "Emmanuelle alrededor del mundo" y "Emmanuelle y los últimos caníbales", dirigidas ambas por Joe d'Amato, han sido estrenadas en cines de barrio dedicados al "S". Y no pretenden, en absoluto, ser refinadas.

El asunto es que d'Amato y la

Gemser parecen dispuestos a seguir explotando la magia del nombre hasta que el cuerpo aguante. Además sabemos de buena tinta que va a aparecer una Emanuele (sin "eme" y sin "ele") lapona, lanzada por los suecos y también una Emanuel (sin "eme", sin "ele" y sin "e") bantú, lanzada por los monégacos. Todas estas variaciones van a ser muy bien acogidas. Por el público no va a quedar: jamás desfallece. ■

La lata de ahorros.



Rehacer el motor de su coche puede costarle cien veces más de lo que cuesta una lata de Todogrado CS. Todogrado CS protege su motor, le ahorra dinero y asegura su viaje. Utilice EL SUPERMULTIGRADO más vendido en España. TODOcoche, TODOtiempo, TODOservicio.